

ENRIQUE
GONZALEZ ROJO:
PARA
DELETREAR EL INFINITO
(1975-81)

Federico Patán

Un poeticista y su discurso



A dos años del primer tomo, aparece ahora el segundo de las obras completas de Enrique González Rojo. Incluye siete libros y abarca de 1975 a 1981. Sabemos cuál es el peligro mayor de estas compilaciones: todo el poeta queda ante nosotros, y ello significa lo bueno junto con lo malo; hay ventajas también, desde luego: conocer a fondo la valía del escritor, puesto que un creador vive tanto en lo bueno como en lo malo, y es cuestión tan sólo de ver cuál de esos elementos pesa más.

Enrique es un poeta de personalidad muy acusada: reconocemos de inmediato cualquiera de sus textos poéticos, ya que en casi todos se atiene a un concepto estético similar. Enrique tiene como propósito central de su escritura tematizar el infinito, cercarlo poco a poco mediante los poemas creados y ver de hallarle una interpretación o, en el peor de los casos, de imponérsela a partir de

lo meditado. Esto se refleja, en el libro que comentamos, de dos maneras: los siete capítulos poéticos que componen el volumen están dedicados a parcelaciones del mundo, y la dedicación de cada aparato a un aspecto específico del tema tratado da su estructura a las partes. Asimismo, hay un ordenamiento cuidadoso de los poemas dentro de las secciones. En otras palabras, Enrique dispone el volumen de modo que la lectura continuada dé uno de los significados del conjunto.

Esto nos lleva a otro aspecto: la perspectiva del propio Enrique. Filósofo de profesión, esta formación se le infiltra en la poesía. Nos encontramos ante un escritor dueño de una visión del mundo perfectamente definida en lo conceptual, cuya base es el compromiso político a partir de un marxismo limpio de dogmas. Tal definición conceptual rige con su presencia los poemas, y de ella parte ese "exceso de racionalidad" en la creación poética que Lizalde parece lamentar en demasía, exceso que Evodio Escalante analizó con buen ojo crítico hace un par de números aquí, en sábado. Examinado *Para deletrear el infinito*, sí queda en el ánimo del lector la idea siguiente: hay insistencia obsesiva en un solo tipo de mecanismo poético, y el volumen parece una larga llanura de paisaje similar.

Ello no descalifica los textos como poesía: simplemente los define. Estamos ante poemas escritos a partir del intelecto y con base en una posición filosófica y política precisa. Hay en ellos una carga notable de ironía, de buen humor teñido en ocasiones de amargura o desencanto, de imágenes que resaltan por la belleza de su concepción, y un uso deleitoso del lugar común para conseguir expresiones nuevas. También vemos como Enrique arriesga en juegos que unas veces optan por la creación de palabras -sobre todo en la parte llamada "La bestiada", otras por los ecos culturales -véase, un ejemplo tan sólo, "Los trabajos de Hércules"- y otras más por lo visual, como en ciertos caligramas.

Y esto le define un ángulo de su creación: es un poeta siempre dispuesto a la aventura escritural, aunque ésta puede acabar ocasionalmente en un tropezón.

Comentábamos arriba que Enrique se opone a la mente dogmática. Están claras en la poesía las razones por las cuáles el poeta se distanció de su partido. "La clase obrera va al paraíso" define a la perfección el choque entre el discurso político oficial y lo que llamaremos el discurso amoroso. Es obvio que el texto prefiere este último. Enrique, paradoja que no lo es tanto, surge como un poeta muy erótico, cuya ternura radical está defendida por el disfraz de la ironía. Propone, asimismo, una imagen del hombre según la cual somos una conciencia en avance constante, una "chispa biológica que crece/ hasta ser cerebro en llamas" (con un cierto ecogorosticiano aquí).

El volumen que hemos sujeto a comentario deja en claro algo muy obvio: si bien está por hacerse un estudio detallado del "poeticismo", sabemos ya -y Evodio ayudó en esto- que sus tres practicantes principales -Lizalde, Montes de Oca y González Rojo- son creadores que han agregado dimensiones a nuestra poesía y ocupan en ella un lugar que no podemos llamar, sin injusticia, menor.

Periódico "La Jornada",

6 de agosto de 1988.